
VIGÉSIMA SEGUNDA HOMILIA.

LOS SIERVOS VIGILANTES,

Ó LA VIGILANCIA CRISTIANA.

Vigilate ergo, ne cum (Dominus domus) venerit repente, inveniatur vos dormientes. Quod autem vobis dico, omnibus dico: vigilate (MARCOS, XIII).

Velad, pues, porque no sabeis cuándo vendrá el dueño de la casa: si de tarde ó á media noche, ó al canto del gallo, ó á la mañana. No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo. Y lo que á vosotros digo, á todos lo digo: velad.

En estos términos hablaba el Salvador de su última venida al mundo. Pero si ninguno de los Apóstoles ni de los hombres que entónces vivían y que habían de morir bien pronto, debía sobrevivir hasta el último día del mundo, ¿por qué Nuestro Señor quiso que todos estuviesen preparados, y que velasen para no dejarse sorprender en ese día dormidos con el sueño del pecado? *Quod autem vobis dico: omnibus dico: vigilate.*

¡Ah! dice San Agustín. El momento de la muerte es para cada uno de nosotros como la suprema venida de Jesucristo, y el último día de nuestra vida es para cada uno de nosotros el último día del mundo, porque el juicio universal no será más que la repetición pública y solemne del juicio particular que cada uno al morir haya merecido de una manera privada y secreta (1). El juicio final nos encontraría desprevenidos si así nos hubiera encontrado el día de nuestra muerte (2). Luego si el Señor nos reco-

(1) Tunc enim unicuique veniet dies ille, cum venerit ejus dies; ut talis hinc exeat qualis est judicandus illa die. (S. Aug.)

(2) Imparatum enim inveniet dies ille, quem imparatum invenient suæ vitæ ultimus dies. (S. Aug.)

mienda estar preparados para el último día del mundo, ha querido recordarnos que lo estemos para el último día de nuestra vida, porque el juicio que recaiga á nuestra muerte decidirá sin apelacion de nuestra suerte el día del juicio universal (1).

Ademas, el Señor no ha querido contentarse con recomendar-nos en general la vigilancia para el día de nuestra muerte, sino que quiso tratar de ello expresamente en la parábola de los siervos vigilantes. Así, pues, al explicar esta importante parábola en que el Señor nos ha expuesto la teoría, propuesto la recompensa é inculcado la necesidad de la vigilancia cristiana, pretendo exhortaros á todos sin excepcion: *Omnibus dico: vigilate*. Á fin de que, determinados á practicarla sériamente, sin dilacion, sin interrupcion, no nos sorprenda la muerte en el sueño del pecado; *Ne cum vederit repente, inveniatis vos dormientes*.

PRIMER PUNTO. Los judíos, cuando viajaban, tenían la costumbre de levantar un poco sus vestidos y sujetarlos con un cinturón alrededor de los riñones, á fin de estar más libres para marchar. Á este uso, dice un comentador, alude Nuestro Señor cuando nos recomienda que nos ceñamos los riñones (2), es decir, que nos quiere librés y desembarazados en el camino que debe conducirnos á la celeste patria (3).

Pero como se trata aquí de un viaje espiritual, en este sentido es en el que debemos estar preparados. Para comprender esto, notad, nos dice San Pedro Crisólogo, que en los riñones tiene su asiento la concupiscencia carnal, y que de ahí nacen todas las tentaciones de la carne, siendo por consecuencia la fuente funesta de la fragilidad humana y de nuestras más frecuentes caídas (4). Luégo, continúa el mismo San Pedro, cuando el Señor nos ha ordenado ceñirnos los riñones (5), ha querido inculcarnos bien que si queremos recorrer la vía que conduce á la salud eterna, es menestar comenzar por reprimir la carne con el cinturón de la castidad, porque las inclinaciones y los vicios de la carne

(1) Ac per hoc vigilare debet omnis christianus, ne imparatum eum inveniatis Domini adventus. (S. Aug.)

(2) Sint lumbi vestri præcincti. (Luc., XII.)

(3) Ut sitis expediti ad iter ad cœlum. (Corn. à Lapide.)

(4) Ex lumbis tota carnis negotia suscitantur. In lumbis est humani lapsus et humanæ fragilitatis occasio. (S. Petr. Chrys.)

(5) Sint lumbi vestri præcincti. (Luc., XII.)

son como vestidos embarazosos y pesados que agobian el alma, inclinándola hácia la tierra é impidiéndole dar un solo paso hácia el cielo (1). Si, apoya San Gregorio, ponemos realmente un cinturón sobre los riñones, segun el precepto de Jesucristo, cuando reprimimos la lujuria por la continencia cristiana (2). ¡Ah mis queridos hermanos! El Cristianismo es una ley de castidad y de pureza; la prueba es que sólo el Cristianismo dispone la castidad y la conserva. La castidad es, pues, segun San Pedro Crisólogo, el signo distintivo de la milicia cristiana, y sin la castidad no puede pretenderse marchar á la conquista del reino de los cielos, porque sin ella no seríamos verdaderos cristianos, verdaderos soldados de Jesucristo (3).

Pero así como las buenas obras no tienen valor sin la castidad, tampoco, dice San Gregorio, la castidad sola sirve de nada sin las buenas obras, sin la práctica de las virtudes y de todos los deberes cristianos (4). Por eso el Señor, despues de ordenarnos que nos ceñésemos, los riñones con la atencion severa de guardar la pureza, añade inmediatamente: « Y llevad en vuestras manos lámparas encendidas » (5). Porque, dice San Pedro Crisólogo, las lámparas encendidas en nuestras manos no son otra cosa que las buenas obras practicadas por nosotros (6).

En efecto, así como la lámpara esparce la luz delante del que la lleva, y en medio de las tinieblas ilumina su marcha, así las buenas obras y el ejercicio de las virtudes proyectan su luz ante quien las practica, favorecen su marcha á través de las vías tenebrosas del siglo presente, y le ayudan á encontrar el camino derecho de la salud eterna (7).

(1) Constringenda est caro continentiae cingulo; ne effusa vitii ac peccatorum gravata pondere, celestibus non possit insistere ingressibus. (S. Petr. Chrys.)

(2) Lumbos præcingimus, cum carnis luxuriam per continentiam coartamus. (S. Greg.)

(3) Cincti castitatis balteo quod est insigne militiae christianae. (S. Petr. Chrys.)

(4) Nec castitas magna est sine bono opere, nec opus bonum est aliquid sine castitate. (S. Greg.)

(5) Et lucernae ardeptes in manibus vestris. (Luc., XII.)

(6) In manibus sanctorum ipsa bona opera lucernae sunt. (S. Petr. Chrys.)

(7) Ut lucerna ante oculos, bonum opus in mentibus sic refulgeat. (S. Petr. Chrys.)

Notad, añade este santo y gran doctor, que la lámpara alumbré no solamente al que la lleva, sino al que la ve. Eso precisamente se verifica por relacion á las santas obras de la religion y la caridad: que iluminan, no sólo á los que las practican, sino á los que son testigos; y por la mágica virtud del ejemplo, infunden valor, con un aguijon, una guía para el que quiere marchar por el buen camino (1). ¡Oh, cuán bella y atractiva es la santidad y la virtud de los verdaderos cristianos! ¡Cómo brilla con esplendor celeste! Así como todos se aperciben de la luz, lo mismo los que la buscan que los que la huyen porque no pueden soportarla sus ojos, así la virtud cristiana se hace reconocer de todos, lo mismo de los que la admiran y la aprovechan, que de los que la critican y la huyen, porque es una perpétua censura de sus costumbres. Puede verdaderamente decirse que tenemos en nuestras manos la lámpara cuando, por la luz de nuestros actos virtuosos, cuando por la santidad de nuestra conducta, somos para los demas objeto de edificacion y de exhortacion al bien (2). En eso justamente consiste el deber de edificar al prójimo que el Señor ha creído recomendarnos cuando ha dicho: «Á este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y den gloria á vuestro Padre, que está en los cielos» (3).

Tales son, pues, las dos principales obligaciones que impone Jesucristo á todo cristiano, á saber: la pureza y la castidad del cuerpo, y la edificacion con la conducta de la vida, de manera que en la santidad de las obras que practica se reconozca la verdad divina de la fe que profesa (4). San Agustin habia dicho que tener un cinturon en los riñones y la mano en las lámparas encendidas, era huir del mal y practicar el bien (5).

(1) Non portanti tantum lucerna lucet, sed et multis; et bonum opus, dum fano in uno lucet, multos illustrat exemplo. (S. Petr. Chrys.)

(2) Lucernas ardentés in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla damus. (S. Greg.)

(3) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum qui in cælis est. (Matth., v.)

(4) Duo autem sunt quæ jubentur: ut et munditia sit castitatis in corpore et lumen veritatis in operatione. (S. Greg.)

(5) Quid est lumbos restringere et lucernas tenere, nisi divertit à malo et fac bonum. (S. Aug.)

Desgracia, pues, dice Eusebio de Emeso, á aquellos cuyo discurso, cuya vida no esparce á su alrededor la luz de la virtud, sino infernales tinieblas, las tinieblas del escándalo, del vicio y del pecado. ¡Ah! Esos no tienen en sus manos las lámparas que pueden guiarlos y conducirlos á la salud, sino tizones del infierno que los arrastran con los demas á su perdicion (1).

En tercer lugar, añade el Señor, debeis estar prontos como criados que esperan que su señor vuelva de las nupcias, á fin de abrirle la puerta tan pronto como llame (2).

¿Pero cómo es que Jesucristo nos recomienda, á nosotros hombres, imitar la conducta de los otros? *Similes hominibus!* ¡Ah! Dice San Pedro Crisólogo. Hay una gran diferencia de hombre á hombre. Los que viven en una justa dependencia con relacion á Dios y en la exacta observancia de su ley, están prontos siempre á recibir á su celeste Esposo, y éstos son verdaderamente hombres (3). Porque el Espíritu-Santo ha dicho: Temer á Dios y observar sus mandamientos; hé ahí lo que constituye esencialmente al hombre inteligente y sabio. Eso es ser verdaderamente hombre (4). Los que, por el contrario, abandonan el servicio de Dios, no procuran más que satisfacer sus inclinaciones carnales, y no se ocupan más que de los apetitos sensuales, no tienen de hombres más que la forma exterior; son animales brutos, seres semejantes á todos los demas bípedos (5). Y en efecto, el profeta David no teme asimilar á las bestias los hombres voluptuosos que no conocen otra ley que el interes, otro señor que la carne, otro paraíso que el imperio de los sentidos. Y ciertamente no hay por qué sorprenderse de que cuando ellos degradan así su inteligencia, su corazon y su cuerpo, reciban la calificacion de brutos,

(1) Illorum lucernæ extinctæ sunt, qui neque doctrina: neque operatione alii refulgent. (Eusebs. Emiss.)

(2) Et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis, ut cum venerit et pulsaverit confestim aperiant ei. (Luc., XII.)

(3) Homines sunt qui more debitæ servitutis, indefessis excubiis adventum sui-domini præstolantur. (S. Petr. Chrys.)

(4) Deum time et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. (Eccl., XII.)

(5) Qui vero ventri serviunt et de carnis voluptate solliciti divinam nesciunt servitatem, non sunt homines vocandi, sed jumenta. (S. Petr. Chrys.)

cuya vida imitan (1). Elevémonos, pues, de la region de la tierra á la del cielo, de la sociedad de los brutos á la de los verdaderos hombres, *similes hominibus*; sí, la sociedad de los hombres formados segun el modelo del Hombre perfecto, del Hombre por excelencia, que es Jesucristo, porque es Dios al mismo tiempo, y dado por eso como tipo perfecto á la humanidad: ¡Hé ahí el hombre! *Ecce homo!*

Ese Hombre perfecto, que es nuestro Dios y Señor, celebra todos los dias, segun Theophilacto, nupcias espirituales en el cielo, uniéndose como Esposo á las almas santas y elegidas que le llegan de la mansion terrestre (2). Pero miéntras celebra esas nupcias eternas en el cielo, dice este mismo intérprete, descendiendo á la tierra y se presenta á cada uno de nosotros en el momento de la muerte (3). Y en efecto, segun Euthymo, si Jesucristo interviene en la muerte de los justos, interviene tambien en la de los pecadores (4).

Jesucristo, pues, dice San Gregorio, viene á nosotros cuando se prepara á juzgarnos; llama á la puerta de nuestro corazon cuando, con los dolores y angustias de la última enfermedad, nos hace comprender que nuestra muerte está próxima (5). El que le abre enseguida es el ferviente cristiano, que al primer llamamiento de amor responde con un corazon tierno y confiado (6). Al contrario, al alma pecadora puede juzgársela por el temblor que de ella se apodera en su última hora; parece declarar que no quiere abrir al Señor, porque sabe que su Juez será el mismo á quien ha tratado con soberano desprecio durante la vida (7). Pero el alma verdaderamente cristiana, que tiene conciencia de la

(1) Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis. (*Ps. XLVIII.*)

(2) Quotidie nuptiæ fiunt in cælo. Quotidie in cælis Christus sibi desponsat animas sanctorum. (*Theophil.*)

(3) Revertitur ex cælestibus nuptiis quia in unius cujusque propria morte inexpectatus advenit. (*Theophil.*)

(4) Christus advenit ad mortem non solum justorum sed etiam peccatorum. (*Euthym.*)

(5) Venit quippe Dominus, quum ad judicium properat; pulsatur vero, cum jam per ægritudinis molestias esse mortem vicinam designat. (*S. Greg.*)

(6) Cui confestim aperimus, si hunc cum amore suscipimus. (*Ibid.*)

(7) Aperire enim judici pulsanti non vult qui exire de corpore trepidat et quem contempsisse se meminit judicem formidat. (*Ibid.*)

vida virtuosa que ha llevado, sostenida por la santa esperanza que ha conservado en su corazon, sabe que á su muerte no encontrará en Jesucristo un Juez que la condene, sino un Padre que la recompense, un Esposo que la acoja en sus brazos, de manera que, esperando habitar el cielo, goza desde luego de la patria celeste como si hubiese alcanzado ya la posesion (1).

Por eso al decirnos el Señor: « Sois semejantes á hombres que aguardan que su señor vuelva de las bodas », ha querido darnos á entender que debemos continuamente esperar esa divina venida. Porque la vida del verdadero cristiano no es más que la perpétua espera de Jesucristo (2); y por eso el Profeta decia: « No hago en esta vida otra cosa más que agradar al Señor » (3). Después, dirigiéndose á nosotros, añadia: Y tú, ¡oh hombre! aguarda tambien al Señor, y aguardándolo, compórtate como hombre de corazon; aprende á soportar el alejamiento de Dios con la esperanza de verlo pronto (4). Igualmente el apóstol San Pablo decia: « En esta vida no hagamos más que aguardar á nuestro Salvador y Señor Jesucristo » (5). En Él y por Él « esperemos salir del estado de servidumbre en que se encuentran nuestros cuerpos, y vernos para siempre entre el número de los hijos de Dios » (6).

Tal es, pues, la doctrina, la teoría de la vigilancia cristiana. Debemos velar con santo celo por la pureza y la santidad de nuestros corazones; esto es lo que significa el cinturon alrededor de los riñones. Debemos, por la santidad de nuestra propia vida y por la práctica de las buenas obras, concurrir á la santificacion y al bien espiritual de nuestros hermanos; esto es lo que significan las lámparas encendidas en nuestras manos. Debemos constantemente acordarnos de que somos criaturas inteligentes

(1) Qui autem de sua spe securus est, pulsanti confestim aperit; quia lætus judicem sustinet; et cum tempus propinquæ mortis advenerit, de gloria tribulationis hilarescit. (*S. Greg.*)

(2) Vita christiani est expectatio Christi.

(3) Expectans expectavi Dominum. (*Ps. XXVI.*)

(4) Expecta Dominum, viriliter age; et confortetur cor tuum et sustine Dominum. (*Ps. XXVI.*)

(5) Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum. (*Philipp., III.*)

(6) Adoptionem filiorum Dei expectantes redemptionem corporis nostri. (*Rom., VIII.*)

creadas por el cielo, y no brutos condenados á arrastrarse por la tierra: á los hombres, pues, debemos parecernos. Debemos únicamente suspirar por la venida de Jesucristo y vivir únicamente por el placer de amarlo, con la esperanza de poseerlo el día en que, despues de las celestes nupcias con otras almas, venga á celebrarlas tambien con nosotros: *Quando revertatur à nuptiis.* Así dispuestos, siempre vigilantes y prontos, irémos á su encuentro para responder incontinenti á su llamamiento y arrojarlos en sus brazos á la hora de nuestra muerte: *Confestim aperiant ei.*

¡Oh, dichosas las almas verdaderamente piadosas y cristianas que aquí en la tierra no tienen deseos más que para el cielo, y que viviendo entre los hombres no aspiran más que á Dios! «¡No, decía el Profeta, esas almas no se verán jamas cubiertas de confusion!» (1). Pero ¿qué digo? ¡El Profeta! El Señor mismo ha proclamado la dicha de esos buenos cristianos, cuando ha añadido estas palabras: «Bienaventurados aquellos siervos que halláre velando el Señor cuando viniere: en verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa y pasando los servirá» (2). ¡Ah! ¡Qué bellas palabras! Con este lenguaje el Señor, despues de haber expuesto la doctrina de la vigilancia cristiana, ha querido hacernos conocer la recompensa.

La palabra «se ceñirá» recuerda la pronunciada al principio de la parábola: «Ceñid un cinturon á vuestros riñones.» Lo que quiere decir: así como los servidores fieles tienen cuidado de ceñirse por Mí, Yo haré otro tanto por ellos. Pero ¿cuál será ese misterioso cinturon? David habia dicho: «El Señor reinará en todo el esplendor de su majestad; aparecerá revestido, rodeado de su poder y de su fuerza como de un cinturon» (3). Y Isaías añade que la justicia será el cinturon de sus riñones (4). Así como Jesucristo aparece en el momento de la muerte revestido de fuerza y de justicia para castigar al pecador, siervo infiel y rebelde, así en ese supremo momento, para recompensar al justo, siervo dócil y fiel, aparecerá revestido de misericordia y amor,

(1) Non confundentur qui expectant eum. (*Is.*, XLIX.)

(2) Beati servi illi quos cum venerit Dominus invenerit vigilantes! Amen dico vobis quod præcinget se et transiens ministrabit illis. (*Luc.*, XII.)

(3) Dominus regnavit; decorem indutus est; et præcinxit se. (*Ps.* XCII.)

(4) Erit justitia cingulum lumborum ejus. (*Is.*, XI.)

¡Qué dicha, dice Eusebio de Emeso, verle venir así á nuestro encuentro, vestido, rodeado solamente de bondad y de clemencia, con el aire de la más viva simpatía, de la más afectuosa ternura! (1). Sí, tal será entónces. Cambiará de condicion y de oficio. *Transiens*, es decir, segun la explicacion de San Pedro Crisólogo, así como con relacion al pecador cambia, de Señor bueno y misericordioso que era, en Juez severo é inexorable, así tambien, con relacion al justo, cambia en sentido contrario: de soberano Señor que es, se convierte en Servidor de sus servidores, y llena con ellos los humildes y piadosos deberes, como si á su vez fuesen los señores (2).

¿Qué significa esta expresion: «Los hará sentar?» Porque, efectivamente, dice el texto: «Los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá.» ¡Qué bellísima expresion! dice San Cirilo. Con ella el Señor nos ha hecho conocer que si nos encuentra fieles á la hora de la muerte, nos conducirá Él mismo al reposo de la bienaventuranza eterna, y allí, con la dulce quietud, con la riqueza y la abundancia de las delicias espirituales, nos hará descansar de nuestros largos trabajos por servirlo, de las miserias y las privaciones de la vida presente (3). ¡Excesiva condescendencia! ¡Extraño cambio de cosas! Exclama San Pedro Crisólogo (4). ¡El señor se rebaja á servir á su propio siervo sentado á la mesa! (5). Jesucristo mismo llenó con sus siervos los más bajos oficios (6). Un Dios lleno de bondad y de atenciones delicadas cerca del hombre que reposa (7). Que nadie se sorprenda de esto, nos dice Theophilacto; Jesucristo nos lo ha dicho; serémos tratados en el cielo como lo tratemos en la tierra. Si ahora lo servimos en la persona de los pobres, que lo representan, hará despues lo mismo con nosotros (8). ¡Dichosos, pues, mil veces

(1) In eo quod præcinget se et transibit quo affectu, quo amore, quibus charitatis visceribus eos suscipiet manifestissime ostendit. (*Eusebs. Emiss.*)

(2) De dominatione ad fidelium suorum pia transibit officia; ad alios de misericordi Patre severissimum transibit in judicem. (*S. Petr. Chrys.*)

(3) Quasi fessos refocillans et apponens spirituales delicias. (*S. Cyrill.*)

(4) En inaudita mutatio rerum. (*S. Petr. Chrys.*)

(5) Epulanti servo servit Dominus accinctus. (*Ibid.*)

(6) Pueris suis ministerium suum facit Christus. (*Ibid.*)

(7) Discumbenti assistit Dominus. (*Ibid.*)

(8) Pars eis tribuens, sicut enim ipsi ei ministraverunt, ita eis vicissim ipse ministrat. (*Theophil.*)